

Prueba 001

Un fuerte olor a naftalina golpeó su nariz y lo despertó de golpe.

El delgado muchacho se levantó desconcertado mirando a su alrededor. El papel mural decolorado y el enorme candelabro colgante le daban a entender que ya no se encontraba en su casa. “¿Cómo llegué acá” se preguntó mientras golpeaba suavemente su cabeza para confirmar el dolor que sentía en esta.

Al levantarse se apoyó de una enorme silla que estaba a su lado. Avejentada y gastada, esta estaba acompañada por una enorme mesa con bandejas cubiertas por hermosas tapas de metal. “¿Dónde estoy?... Esta no es mi pieza”.

El muchacho caminó un par de pasos mirando la enorme habitación en la que estaba. Al fondo de esta podía ver una gran puerta que parecía llamarlo. El ambiente estaba infestado de olor a naftalina, como si se tratase de la casa de unos abuelos muy desatendidos. La mesa brillaba tenuemente con las luces que se reflejaban desde el candelabro sobre los cubiertos y tapas de las bandejas.

“¡Mamá!” Gritó con todo pulmón el delgado muchacho. Obviamente no recibió ningún tipo de respuesta... para mejor. Mientras caminaba por el largo salón se acercó a la enorme puerta, la mesa lo guiaba y tentaba con su brillo. Estaba casi seguro de que antes de acostarse no había comido nada. Y quién sabía, quizás debajo de alguna de esas lindas tapas, un plato que le gustase lo estaría esperando.

Ahí fue cuando el muchacho aprendió una importante lección que aplicaría en todos sus viajes; no es buena idea abrir todas las puertas que encuentres.

Debajo de la enorme tapa de metal, la cabeza de un caballo estaba servida con cebollas y tomates quemados al rededor. Aún así, la preparación parecía llevar años ahí y la cabeza del animal estaba putrefacta, convirtiéndose en el hogar de múltiples larvas e insectos que se paseaban por las verduras. Por suerte, el susto fue más fuerte que las nauseas, y el muchacho retrocedió asustado de la mesa, cayendo nuevamente al piso.

Junto con él, la pesada tapa de metal también golpeó el piso, anunciando la llegada del muchacho a cualquiera que estuviese cerca del enorme comedor.

El muchacho se levantó y se limpió su pantalón. Fue ahí cuando se dio cuenta de que traía algo en el bolsillo. Lamentablemente para él, no era su celular, sino una libreta avejentada y gastada. Negra por fuera con cubierta de cuero y por dentro completamente vacía, exceptuando una página que leía “Trueno” junto con textos que no le hacían sentido.

Mientras buscaba entre las páginas a ver si encontraba algo más escrito en la libreta, un sonido similar al de huesos quebrándose empezó a sonar despacio a la distancia. Tan despacio, que no llamó la atención del muchacho mientras caminaba revisando la vacía libreta.

Al llegar a la puerta, el muchacho había desistido de encontrar algo en la libreta más allá de “Trueno”. Pero también le había entrado la duda si abrir o no aquella puerta. La imagen de la cabeza de caballo se repetía en su cabeza al igual que la del olor en su nariz. Se aguantó una leve arcada y decidió armarse de valor... a fin de cuentas, esa era la única puerta en toda la habitación. Ni siquiera ventanas habían.

Cuando finalmente puso su mano en el pomo de la puerta, el sonido de huesos quebrándose captó su atención. Ya estaba demasiado cerca. Ya era demasiado tarde.

El pomo de la puerta se giró de golpe, doblando su mano y empujándolo levemente. El muchacho logró soltar la puerta justo a tiempo antes de que esta saliera volando en la dirección opuesta.

Frente a él, una enorme figura se extendía. Su mente trataba de entenderla como algo antropomórfico, pero sus ojos no se lo permitían. Tres piernas, tres brazos, ningún tórax y tres cabezas de vaca saliendo desde un enorme ojo central. Demás está decir que la piel era inexistente en este ser.

El muchacho retrocedió congelado ante la abominable imagen que se le presentaba. El piso volvió a ser su amigo al caer en este mientras gateaba para alejarse del monstruo que con su enorme y único ojo lo miró como si le tratase de robar el alma.

Un grito acompañó al muchacho mientras se levantó a correr por el enorme salón. La criatura se movía lenta, pero cada paso que daba con sus tres piernas emitía un espeluznante sonido de huesos quebrándose. Era como si cada extremidad que tenía se tratara de re cuadrar a donde tenía que estar. Era como si la horrible criatura hubiese salido directamente desde una pesadilla malformada.

El muchacho corría hacia el final del pasillo, pero sabía que ahí no habría salvación para él. No había una puerta al fondo, sólo un enorme cuadro con un otoñal paisaje. Mientras se acercaba a este y a su perdición, se pudo dar cuenta que cada árbol y hoja del cuadro realmente era un cráneo de calavera, y que la imagen no tenía nada de apacible realmente. Era sólo otro aviso más de su inevitable fin.

La criatura pasó la mitad de la mesa avisando su avance con el tétrico sonido de huesos quebrándose. La melodía se atornillaba en la mente del muchacho quien no sabía qué hacer para lograr aferrarse a su vida. Los brazos de la criatura eran lo suficientemente largos para tomarlo en cualquier dirección que tratase de huir, y aunque la criatura se movía lenta, era claro que no se estaba moviendo ni remotamente cerca a su velocidad más alta.

El muchacho se echó al piso a esperar su perdición. Al mismo tiempo, la libreta cayó al piso escapando de su bolsillo trasero. Pronto aprendería que sería mejor mantenerla cerca y segura con él.

Mientras que el extraño ser abría sus tres bocas ya encima del muchacho, este no atinó a hacer nada más que estirar su mano, como si la entregara de ofrenda. Se había entregado a una muerte dolorosa a manos de aquel ser de huesos. En la última mirada que le entregó, el único ojo lo miraba perturbantemente, mientras los cráneos parecían sonreír mientras se abrían para comerlo.

En ese momento él no supo cómo lo hizo, pero más adelante entendería cómo se salvó aquel día.

Desde su mano estirada, un potente rayo de electricidad salió disparado directo hacia el ojo del ser. Los huesos rechinaron y sonaron como si se quebrasen una y mil veces. Un sonido gutural salió del ser que parecía por lo menos haber sentido el trueno que emitió el delgado muchacho.

Era su momento para huir. Se podría salvar. Mientras se levantaba rápidamente se percató que su mano derecha estaba apoyada sobre la libreta que parecía brillar levemente. La tomó también y se la puso en el bolsillo trasero de su pantalón mientras corría. Lamentablemente el trueno no había sido lo suficientemente fuerte.

La criatura se movió a una enorme velocidad, y estirando y quebrando sus huesudas extremidades se puso en la puerta del salón, bloqueando cualquier opción de sobrevivir que había creído tener el muchacho.

La perdición lo poseía de nuevo. Volvió a estirar su brazo apuntando al ser, con una esperanza inexistente, pues sentía dentro de sí que el trueno no volvería a salir... al menos no de momento.

Un enorme rugido llamó la atención de la huesuda bestia. Los tres cráneos se alinearon mirando por sobre el muchacho, hacia el fondo del salón, mientras el único ojo lo seguía observando intensamente.

Antes de poder reaccionar, el extraño ser estiró sus tres piernas y pasó por sobre el muchacho. El sonido de los huesos quebrándose se mezcló con el sonido de la mesa partiéndose en pedazos. La imagen del ser a la espera congeló al muchacho, mientras que un enorme ser saliendo del cuadro otoñal lo calmó de una forma muy extraña.

La criatura con apariencia de un alce putrefacto llevaba una máscara donde debía estar su rostro, que cubría fallidamente unos enormes colmillos. Del cuello del ser salían dos pares de brazos que buscaron aquellas horribles protuberancias esqueléticas de la criatura original.

Era como una pelea sacada de una caricatura o película de terror.

La huesuda criatura se empezó a sobreponer contra el alce que utilizaba sus ojos extremidades y sus astas para tratar de retenerla. Era claro que la horrenda figura de huesos era más poderosa. Era una batalla perdida para el alce.

Pero algo hizo sentir al muchacho que no podía dejar que eso pasara. Un pequeño calor en su bolsillo trasero le dio el aviso. No sabía cómo lo sabía... pero lo sabía.

El muchacho estiró su brazo nuevamente y tocó con el brazo contrario su bolsillo trasero, buscando la libreta. La imagen del trueno llenó su mente y apuntó directo contra el asqueroso ser esquelético.

El trueno que se disparó contra el monstruo lo sacó de balance y lo derribó de la mesa. El sonido a huesos quebrándose rayó sus oídos nuevamente, mientras el enorme alce enmascarado se lanzaba sobre el ser. La máscara que llevaba parecía hecha de huesos y trataba de simular una cara sonriente de ojos oscuros.

La figura huesuda fue lanzada contra la muralla más lejana a la puerta y el enorme alce se abalanzó sobre el muchacho. Este se cubrió repitiéndose a sí mismo "Esto fue un error... esto fue un error..." Pero el dolor no llegó. Tampoco la muerte.

Antes de darse cuenta, avanzaba por un largo pasillo lleno de puertas encima del enorme alce de ocho extremidades. El cuerpo del animal olía horrible y era frío como un cadáver, pero al menos no parecía querer matarlo. Una enorme sonrisa apareció en el lomo del ser y una lengua se estiró desde esta lamiendo su cara.

Mientras avanzaba por los pasillos, los retratos que adornaban la gastada mansión parecían moverse mirándolo como si no debiese estar ahí. Él creía lo mismo.

¿Dónde lo llevaba el enorme alce? ¿Dónde estaba realmente? ¿Qué era eso que lo atacó?

El sonido de los huesos rompiéndose se perdió en la distancia mientras avanzaba sobre el enorme y putrefacto animal. El muchacho no lograba entender cómo la bestia corría y corría a una enorme velocidad, pasando por pasillos infinitamente, como si la enorme mansión no se acabara nunca. Mientras que en algunos lugares de los que pasaba podía sentir olores un poco más agradables, la verdad era que todo el lugar tenía una especie de sensación a muerte.

Entre las puertas abiertas que pasó pudo divisar diferentes pesadillas moviéndose dentro. Seres que parecían sacados de los sueños de los peores asesinos en serie y que se habían reunido en aquel lugar. Claramente esta mansión no era un lugar normal. Le recordaba a todos esos juegos terribles donde los personajes principales no tenían ninguna opción real de sobrevivir. "Ojalá ese no sea mi destino" pensó el muchacho, mientras el hocico trasero del alce lo volvía a languetear.

Cuando el muchacho ya se estaba acostumbrando a la sensación de estar encima de la bestia, esta paró de golpe frente a una puerta. Antes de que se pudiera bajar, la extraña criatura se sacudió tirándolo al piso. Esta le dio un pequeño golpe con su cabeza y luego partió corriendo nuevamente, emitiendo un ruido terrible que le recordaba a una cascada de platos quebrándose.

Al levantarse, el miedo se volvió a apoderar del muchacho. El sonido ambiente era el que hace una cortina al moverse con el viento, sobrepuesta en un silencio mortal. Pero eso era imposible, porque él se había fijado que no había ninguna ventana en ninguno de los pasillos ni habitaciones que vio mientras se movía por la mansión.

No tenía mucho de dónde elegir. La puerta donde lo había tirado el alce era su mejor opción de momento. De ninguna manera volvería por donde vino. Menos deambularía por ahí sin saber bien dónde estaba.

Antes de poder decidirse a abrir la puerta el muchacho se percató de su libreta en el piso. "Se me debe haber caído cuando caí del alce" pensó mientras se agachaba a tomarla. Al ponerla sobre su mano, la libreta empezó a brillar fuertemente, aumentando su temperatura y quemándolo. La libreta volvió a caer al piso y detuvo su brillo. "Que mal día ha sido este... Cada vez se pone peor..."

El muchacho tanteó la libreta. Su temperatura había vuelto a la normalidad y podía tomarla sin problema. Al abrirla se dio cuenta que una nueva página había sido escrita, y al igual que el "Trueno", tenía escrito un nombre y una información extra, pero esta vez, a diferencia del trueno, tenía un dibujo del enorme alce que lo había traído hasta ahí. En el nombre leía: DeaElk. "Menos mal que tiene la pronunciación entre paréntesis... DELK". El muchacho se echó la libreta al bolsillo trasero nuevamente y se decidió a abrir la puerta.

No sabía lo que le esperaba adentro. No quería ni imaginarlo. Nada le hacía creer que podía ser peor que el monstruo esquelético de hace unos minutos. Pero tampoco nada le hacía creer que sería mejor que eso. Hasta el momento, lo mejor que le había pasado había sido encontrarse con un alce enmascarado gigante y putrefacto. "¿Qué me pasa?..." preguntó con la mano tiritona en el pomo. "No puede ser que quiera que vuelva esa enorme cosa" dijo el muchacho, refiriéndose a DELK.

Al abrir la puerta, una oscura habitación se presentó frente a él. La cama que estaba en el medio de esta estaba completamente hecha y parecía que nadie hubiese dormido en ella en décadas. Su diseño, al igual que el de toda la habitación parecía muy antigua, casi como si se tratase de una habitación de los 1800's. O al menos eso creía el muchacho.

Al dar el primer paso hacia la cama sintió como si todas las muñecas y peluches que adornaban la pieza lo miraran al mismo tiempo. No estaba seguro si estas se habían movido realmente o sólo había sido su imaginación. "Debería estar más atento..." pensó el delgado muchacho mientras avanzaba.

Una muy tenue luz, que parecía un rayo de la luna iluminaba la pieza. Era extraño, casi onírico, porque podía ver que no había una ventana. Podía ver claramente el brillo, pero no podía entender ni computar desde dónde venía.

Al acercarse a la cama, el muchacho no pudo evitar pasar su mano encima de las sábanas. A pesar de estar llenas de polvo, la sensación de suavidad de estas le dio a entender que eran sábanas de una calidad muy decente, hasta mejores que las que tenía en su casa. Pensó en acostarse un rato en esta, quizás dormir hasta el amanecer... o si la suerte lo acompañaba, despertar de vuelta en su casa y darse cuenta que todo esto había sido un sueño. O más bien, una pesadilla.

Pero mientras el muchacho miraba la tentadora cama, una mano lo tomó por el talón. Venía desde abajo de esta y lo tomó con tanta fuerza que no lo soltó aunque este sacudió su pie con todo lo que tenía. Desde abajo del mueble, mirándolo directo vio unos claros ojos, casi brillantes, acuchillando su alma con la mirada.

"¿Tú eres el que ha estado haciendo todo este alboroto?" La pregunta llegó al muchacho justo cuando su espalda chocó contra el piso. Sobre él, una muchacha morena, de ojos claros, casi brillantes, y enormes como la luna le volvía a preguntar. "¿Tú eres el que ha estado haciendo todo este alboroto?"

El muchacho estuvo apunto de gritar, pero la chica le tapó la boca. El sonido a huesos quebrándose había vuelto. Se escuchaba a la distancia, pero se escuchaba claro. La muchacha lo tomó y lo llevó hacia un closet enorme que estaba todo vacío por dentro. El empujón que le dio la muchacha fue tan fuerte que lo golpeó contra el fondo del mueble y acto seguido fue aplastado por la pequeña chiquilla que parecía moverse con la fuerza de un tanque.

A través del pequeño espacio que quedaba entre las puertas, la silueta de un ser de huesos, similar, pero diferente al que lo había perseguido al comienzo, se vio entrar a la pieza. El sonido de los huesos quebrándose volvió a paralizar su corazón, pero el rostro de la muchacha se mantuvo estoico ante la presencia del asqueroso ser que se paseó por la habitación unos minutos y luego los dejó.

Al alejarse el sonido de los huesos quebrándose, la muchacha salió de golpe del closet y jaló al muchacho hacia el piso. Con su rodilla en la garganta esta le volvió a preguntar "¿Eras tú el que estaba haciendo todo ese alboroto?" Una sacudida de cabeza afirmativa fue todo lo que consiguió gesticular el muchacho. "Pues llegó la hora de responder más preguntas, amigo".

Una cachetada suave fue acompañada de un bocado de aire mientras que la rodilla soltaba su garganta. Al menos la muchacha tenía piel sobre sus huesos. ¿Qué tan terrible podrían ser sus preguntas? El muchacho no sabía el viaje que acababa de comenzar para él.